

La Montaña del Gerundio y la Cueva del Papel Sellado

Dos niños chocan contra mis piernas, miro abajo y veo que sujetan pistolas de plástico, se apuntan uno al otro y simulan que disparan. Emiten ruidos de “pum, pum”, y de metralletas al chasquear la lengua contra los dientes. El adulto que les acompaña me sonríe y dice, *ai, quin parell de bandolers!*¹ Con una ternura que arroja luz para iluminar mi cara.

Los rayos del sol dan de lleno contra la pantalla del mini portátil que llevo aquí en la montaña. Cierro el ordenador para buscar otro sitio donde no tenga ni reflejos, ni lenguaje. Las onomatopeyas me gustan porque son menos equívocas. En cada paso repito “*bandolers*” separando sílabas por pasos. No veo luminosidad en esta palabra que trae unos duros lazos entre los individuos y con el conductor. Los niños se escapan corriendo, apuntan con la pistola a quién se cruzan. El adulto que les cuida aprieta el paso detrás de ellos, manos y brazos llenos de mochilas y cazadoras de tallas pequeñas. Los pierdo de vista y me adentro dentro de una mezcla de turistas y jubilados que pasean y se fotografían con los fondos vegetales o marinos que tenemos a nuestro alrededor. Repito una vez más la última palabra que me han dicho, haciéndola rodar en la cabeza, al andar hacia adentro de los caminos. *Ban-*, un paso, *-do-*, dos pasos, *-lers*, tres pasos. Los bandoleros eran nobles venidos a menos, entre los restos, los desechos, las ruinas del feudalismo; reaccionarios del antiguo régimen que escondían a una masa de ejército-fieles en sus castillos, y los sacaban fuera para hacer guerras familiares. Los bandoleros tenían castillos, entre unos se los prestaban y con otros hacían guerras de apellidos. Los vínculos entre ellos y los que se apuntaban a los clanes eran por supervivencia y vasallaje. Quizás por deuda acumulada en el antiguo régimen, o confort de estar con un grupo, beber, batallar, la hermandad, los castillos, los caballos y el odio a lo moderno; un odio que en soledad puede ser disuelto pero el apetito es más fuerte. Un bandolerismo por *connitio*, por instinto de supervivencia. La familiaridad tiene esto, se identifica también por un opuesto común.

Cuando salgo al exterior, al bar, a andar, a las cenas, miro a mi alrededor por si veo a bandoleros, porque sé que no son cuatro pobres desgraciados que me quieren robar las pocas monedas que me quedan en los bolsillos, sinó personajes que juegan a crear batallas familiares en las que puedo verme atrapada. El bosque está vacío, porque ya no están en los bosques, donde está lleno es en los lugares que cada vez son más privados. Quiero que los niños con pistolas de juguete se alejen, ¿no ven la tele estos niños?

He puesto un punto y aparte en el texto interrumpido. El ordenador lo tengo en reposo, en la bolsa, con ese punto que no es final; necesitaba andar para generar una distancia con las acciones predecesoras. Así como camino en busca de la sombra, camino en los párrafos.

Hace unos años quise hacer un texto con intención literaria: emplear la tercera persona que describía unas acciones utilizando gerundios. Envié el texto a un amigo y éste lo imprimió y me invitó a cenar. Delante de mí, tachó uno por uno todos los verbos en gerundio, y me dijo, *nunca pongas gerundios, mata las acciones, suena literario pero no lo es, ralentiza el texto*. En el principio era el verbo, y éste no debe atraparte. Hay un mantenimiento de noticias donde se anuncian el comienzo de verbos, pero casi nunca hay noticias de cuándo éstos terminan. Esto es lo que hace el gerundio, esto es lo que no quiero en mis textos, ni en mis pequeñas acciones, los pequeños verbos. Los niños se han alejado, un turista se hace un *selfie*, a otro se le cae el móvil, yo ya me he desplazado.

¹ *jay, qué par de bandoleros!*

Los sonidos del puerto se oyen desde aquí arriba en Montjuïc, las grúas mueven las cajas y el metal es lo suficientemente estridente como para subir montaña arriba y retumbar entre los árboles. Las cajas de colorines son elevadas por las grúas, se desplazan y esperan. El hierro, el tamaño, el hecho de que estén tan apiladas, hace pensar en meses de quietud y mercancías que no necesitan oxígeno. Son las grandes cajas de la inmovilidad circula. Los cruceros dejan los motores encendidos mientras todos los coches, furgonetas y pasajeros salen de sus entrañas, para después, con los motores todavía en marcha, volver a llenarse para realizar el mismo recorrido. Las vallas del puerto cierran el paso, éste sólo se puede ver a escala lejana, como una alfombra para que los pequeños jueguen, con dibujos de caminos, semáforos, rotondas, representaciones infantiles de lugares puramente *manmade*. Debajo está el puerto y a su alrededor está el World Trade Center, Correos, la Agencia Tributaria y las aduanas; lugares que escriben en gerundios, y si accedes a ellos, te dejan en el gerundio del *solicitando, enviando, recibiendo, investigando*. He podido entrar en todos los edificios menos en el puerto, pues el centro se mantiene ballado y son las instituciones de su alrededor que lo sostienen en el lenguaje que ellas crean.

Desde lo alto de la montaña me es fácil ver esos lugares que figuran un imaginario de poder. Abajo: las instituciones alrededor del puerto, y arriba: el castillo, el jardín botánico, el cementerio y la fosa común. Cada uno de ellos entra en el imaginario para abrir una cadena infinita. La administración puede ser la Agencia Tributaria, las aduanas, el puerto. La circulación: las aduanas, el puerto. El deseo: las mercancías, el puerto, el hotel, el crucero. El otro de fuera: el puerto, las plantas, el jardín botánico. Los límites pueden ser los del castillo, los de su muro, la balla del puerto, del jardín o del camino; su rotura por la noche, el *cruising*. El fluido estancado: los paseos de noche, el sexo entre plantas. La muerte administrada: los nichos, las tumbas verticales, el cementerio ballado. La muerte en agujero es la fosa común.

Lo mismo me ocurre con las plantas: las palmeras son importaciones de muerte; los pinos que miran el puerto mientras hago pipí; la bouganvilla parece casa de verano pero no huele; las cañas americanas son invasoras y polonizan el suelo por debajo y cierran fluidos y ríos; el ciprés no puede ser más que una montaña vertical de nichos y de muerte.

El juego es divertido, es observar lo que se ve, las cosas palpables y visibles, y añadir las cosas que sólo existen en el lenguaje - o tal vez en algún sitio más. Hace rato que he dejado de oír a los niños que hacen uso de onomatopeyas para animar sus juguetes. El muro del castillo parece no terminarse nunca, y yo lo bordeo muy cerca de la piedra. Las pistolitas, el castillo, el cementerio, todos son arquitecturas de cuento de hadas. El castillo con su gran muralla, las palmeras en jardines coloniales, el gran edificio de las aduanas que dentro tiene la Agencia Tributaria y al lado, en un edificio idéntico para Correos. Que las rotondas son cada vez más grandes, los cementerios llenos de escudos, de cosas visibles; los niños podrían reconocerlas e identificar qué onomatopeya deben aplicar a cada una de ellas.

Todavía tengo el juego de repetir la palabra *bandolers* en la cabeza y separar sílabas por pasos. Con los años he conseguido la habilidad de separar las sílabas de los nombres y al mismo tiempo pensar otras cosas, como si pudiera compartimentar en dos el lenguaje silencioso de los pensamientos. Es en el *ban-*, y en el *-do-* que las sílabas paran y veo volar banderas inclusivas sobre el muro del castillo. El muro del castillo que antes anunciaba la barrera, el límite que engullía con fusilamientos a todo el que estuviera en contra del régimen, de la dictadura; ahora se levanta inclusivo. Hay una tendencia en querer resignificar imaginarios, añadir discursos a estos espacios llenos de violencia. El cuerpo de

policía de Barcelona también tiene un instagram gay, para los policías gays. Los policías gays salen con las banderas y hay gente que va muy rápido y ya les ha aplaudido, y otros que se han quedado con las palmas de las manos a punto de picar, preguntándose si hacerlas sonar o no, y qué significa esa negación. Yo giro la cara para no verlos, les mantengo invisibles porque lo que me muestran visible es sólo una resignificación, una alteración del imaginario. Lo que sigue lo mismo es el espacio de poder que ocupan en la estructura invisible. Que nadie me haga creer que mi negación es violenta, el policía sigue siendo la misma sustancia pero ahora acoge otra forma de expresión. Al realizar este movimiento, el lugar que ocupan queda intocable así como nuestros encuentros con él. Que el castillo siga castillo, y la policía policía, no es mantener la violencia inamovible. Los cuentos de hadas sirven para reconocer las brechas², y son las brechas las que necesitan un *virage* para tener mejores encuentros. Mejores encuentros en estos pequeños momentos en los que la cosa se mueve. Las banderas sobre el muro del castillo no mejoran mi experiencia en éste paseo, sólo crean esperanza y quien crea esperanza, crea miedo. Toda inclusión deja a alguien fuera, la palabra necesita del afuera para existir. El muro largo y lleno de piedras es triste. Está la tristeza del marrón, la tristeza del beige, del gris, y del lugar intemporal al que me puede enviar, el lugar de espera del *solicitando*. Yo sé que ante los lugares de tristeza no he de tener miedo, pero ésta siempre aparece junto a los tiempos verbales en los que me amenaza, con un constante *amenazando*. Éste es el miedo que me da el gerundio. Las esperas en compañía pueden ser buenas pero las esperas individualizadas pueden ser grandes procesos de aislamiento. Los cruceros siempre están en marcha porque de algún modo siempre están amarrados, carecen de fugas. En el gerundio está el lenguaje que no tiene espacio entre lo que quiere decir y lo que dice. Los colonos sabían bien el poder de la letra y rápidamente se inventaron procesos judiciales donde el sentenciado “analfabeto” del lenguaje impuesto firmara con una simple X. En estos textos no hay espacios para dilatar, procuran que significados y significantes estén muy juntitos.

¿Por qué escribir en casa si puedes escribir dónde quieras? Es la gracia de escribir. Tengo un ordenador muy pequeño que casi me cabe en el bolsillo y que da muy poca luz para que no me vean la cara cuando oscurece o antes de que se haga de día. Las luces del puerto se encienden y los azules del mar y del cielo se funden en un mismo tono. Sobre la montaña salen los *liberté* contemporáneos del *cruising* masculino, de noche aparecen y al amanecer marchan. Hay uno que me sigue, se para a dos metros y me sonrío. Pienso que esto ocurre porque tengo el pelo corto, pero enseguida me arrepiento de haber convocado esta pequeña diferencia. Cuando la luz de la farola me refleja la de la pantalla en los ojos, entro dentro del coche y salgo pitando.

El motor, o mejor dicho, las ruedas, me llevan hacia la A2³. Cuando entro es como entrar en un banco⁴, en un túnel, una corriente para deslizarse. Debo deshacerme de tantas escenografías cargadas de cipreses, palmeras, bouganvilles, castillo, nichos, puerto. Tengo asfalto y tengo gasolineras y otros coches que se deslizan a mi lado. Tengo paisaje Mediterráneo que me calma porque su verde se me hace imán, y su potencia me compone. Me molestan todos estos sitios tan cargados de arquitectura imaginaria, que llevan dentro

² *gaps*

³ La A2 es una carretera, una autovía.

⁴ Se entiende que banco de peces.

de las entrañas tal y cual estructura. Quiero una fuga, unas horas para deslizarme. Siempre existe un pequeño margen para no dejarte atrapar, escuchar el cuerpo y hacer punto de fuga. Los abogados tienen traductores especializados porque quieren que las palabras sean precisas y no tengan otras formas de ser interpretadas. Yo quiero salir del mundo de los signos, aún estando dentro del coche y el pequeño ordenador que transcribe las palabras mientras transcurren los kilómetros.

Los pinos del puerto estaban plantados individualmente y se veía todo el árbol: el tronco y la copa. Al lado de la carretera se acumula una masa de pinos en la que sólo se ven las copas, sin los troncos: una gran mancha verde. La bajada se hace más empinada, la rotonda me hace girar hacia el desvío y veo las primeras casas que se asoman sobre el barranco. Debajo de las casas, debajo del barranco, están las cuevas y los molinos de papel. Debajo de todo, paso yo en el coche por la carretera. Tengo el puerto lejos, pero delante de mí comienzan las carreteras antiguas que unían al pueblo con el puerto. Las carreteras que se llenaban de carros con las mercancías de uno y otro. Del puerto venían los trapos, productos; del pueblo se enviaban los papeles sellados; los papeles que se utilizaban de impuesto y que todo documento legal tenía que ser inscrito y escrito en éstos. Sólo encontrarás molinos de papel donde haya agua en abundancia, donde haya ríos, acuíferos, acequias, agua canalizable. Algunos de los propietarios de los molinos también eran propietarios de puertos, haciendo una línea invisible entre uno y otro, entre el agua canalizada y el agua portuaria, con el papel que llena la línea. El volante gira y hago el camino que tomaría un trapo para ser triturado y convertido en papel, voy al molino papelero.

El archivo de papel es el único espacio renovado del molino y me aparta de los visitantes que vienen en manadas, en escuelas, institutos, familias, grupos. Dentro de cajas y entre legajos guardan los papeles sellados y paseo los ojos por encima de ellos, los levanto y veo las marcas de agua⁵. Con la luz de la ventana que atraviesa el papel aparecen animales, frutas y manos, escudos y águilas. Marcas casi invisibles para especificar su procedencia, marcas casi invisibles para determinar valor. Uno de los papeles sellados tiene letras escritas, localizo los gerundios, las X. Miro los otros papeles, algunos están vacíos de contenido, otros tienen dos líneas, unas palabras, textos inacabados, gerundios. No parece importar el contenido. El archivo del molino los clasifica por el tipo de papel, por los años, por el sello y por las marcas de agua. Yo miro las marcas de agua, esas señales casi invisibles que no acaban de tener sentido o significados y que sólo se ven a contraluz. Encuentro un escudo que entiendo que hace referencia al fabricante, pero el resto se me escapan. Un racimo de uvas, un perrito, un grifo, unos martillos, unas manos, un grupo de gente, como unos bandoleros.

La puerta del archivo es transparente y veo pasar a un grupo de chicos. La señora del archivo se gira para buscar una caja donde guardan más papeles sellados con filigranas⁶. Cuando da la espalda a la puerta de cristal, un chico la abre, alarga el brazo, agarra el papel que estaba mirando con la filigrana de los bandoleros y desaparece entre el grupo. La señora del archivo se vuelve a girar y me trae más papeles, no ha visto nada. Me calmo para que no me vea inquieta, yo he visto que no ha visto nada y la culpa puede caer en mí. El chico sí que ha visto que yo le he visto y se ha ido tan tranquilo. Mi calma repentina vuelve imposible la opción de avisar del hurto que acaba de ocurrir. Empiezo a ordenar todos los papeles, coloco uno sin marca dentro del sobre donde estaba el de la

⁵ Watermarks

⁶ las filigranas son las marcas de agua

filigrana de los bandoleros y salgo con las manos claramente vacías, los bolsillos claramente vacíos. Me voy con cara de no tener nada. Tengo que encontrar al chico. Yo vengo de la montaña del gerundio, del mantenimiento del puerto, de una circulación cerrada. El hurto me ha acelerado los verbos. El ordenador que tengo en el bolso consume la batería más rápido con tantos verbos en presente.

Oigo el grupo de chicos que grita y sube hacia el mirador del molino, donde secaban los papeles. Hay cuerdas que van de lado a lado y de donde cuelgan papeles como los que he estado tocando en el archivo. Papeles como bambalinas blancas, terrosas, pequeñas, que cuelgan por pinzas de madera. Ventanitas pequeñas dejan pasar el viento y los hacen mover ligeramente. El grupo donde se encuentra el chico del hurto está en el centro de la sala, aprendiendo a colgar los pliegues. Tengo sed de agua y sed de recuperar el papel. El chico me ve y se mezcla entre el grupo, lleva el significante que yo quiero en el bolsillo. Todo el grupo es como un símil, una repetición uno del otro, de una edad que se dilata entre esa cosa de persona del antiguo régimen que ha salido de ése tránsito y ha entrado en uno futuro, y que no quiere, que tiene nostalgias y problemas. Son como los bandoleros, que se agrupan y han sido expulsados de un impasse de tiempo. Después, algunos deciden que se han hecho mayores y se disponen a un estado de tiempo lineal. Otros que alargan las demandas o se quedan atrapados en los gerundios.

Los papeles vuelan por encima de las cuerdas, cojo uno que se despega de las pinzas y se levanta al vuelo. Las ventanitas son de madera y los papeles vienen de los trapos como yo vengo del puerto. El grupo de chicos bandoleros sale del molino y los sigo. No estoy en la montaña del gerundio, en la montaña de lo simbólico, estoy encima de un barranco donde se ha producido un hurto, y yo le sigo. Sigo el grupo y sigo el papel con la marca de agua. Los chicos se mueven en grupo, chocan con otros sin dispersarse, como bloques. Mis pasos los siguen junto a una acequia que baja con el agua transparente, nada más verla sabes que está fría. Quizás también hay agua fría que es translúcida, pero yo creo que el brillo y la transparencia tienen temperatura. Los papeles circulan de mano a mano, no paran de moverse, son sus contenidos los que contienen los gerundios que capturan a la gente que quieren darles uso. Pero el papel sólo se mueve, él mismo no es el gerundio. El agua de la acequia que pasa por mi lado también circula sin fin, y la intentan capturar inscribiendo en papeles las leyes de los regantes, las guerras de campesinos e industriales que se juntan para tener agua al alcance. Es otro gerundio del agua. Los tribunales más antiguos siempre tienen que ver con el agua, los puertos, los regantes, el papel, el agua siempre es necesaria.

El grupo de chicos llega al barranco y uno por uno saltan una valla. El chico del papel cae y se pela una rodilla. No puedo evitarlo y me río porque las rodillas peladas tienen algo infantil, porque se ha pelado como cuando me ponían leotardos, y las braguitas se quedaban en su sitio, pero los leotardos bajaban y hacían bolsa hasta las rodillas, impidiéndome andar. Para que no me los pusieran más, me tiraba al suelo de rodillas y me los pelaba de tal modo que la tela se rasgaba. Con el agujero en los leotardos me preguntaba dónde iba la tela que ya no estaba, porque yo no veía un rasgado, un corte, yo veía un agujero, y el agujero significa que algo se ha vaciado, y cuando algo se vacía, se desplaza. No veía ninguna tela sobre mi rodilla, sino una fina capa más oscura, sangre que esperaba en la epidermis. Una mancha sin supurar, una sombra que se volvería en costra, sin rastro de la tela de los leotardos agujereados.

Al saltar la valla el chico del papel se ha pelado las rodillas, y ahora el resto que iban tan alborotados se ayudan unos a otros disimuladamente, haciendo la escalerilla o dando las manos para que las rodillas no tengan que doblarse tanto y necesiten menos ángulo.

Cuando ya han saltado todos, espero y salto la valla. Yo la rodilla la subo hasta las orejas si hace falta. Subir es todo piernas y peso, bajar es tobillos y peso. En todo el rato no ha pasado nadie y ahora que justo salto, pasa la policía, los vecinos, los jubilados que pasean. Pienso en los niños de las pistolas de plástico que me apuntaban sobre el puerto, le saco la mirada a quienes me miran de ese modo.

Hay una pasarela que va de lado a lado del barranco y conecta las cuevas. La construyeron hace años y nunca la han abierto al público porque está llena de piedrecitas que se han caído. Pedazos del barranco que caen poco a poco y en vez de chocar contra abajo, junto a la carretera, estallan contra la pasarela. También hay caracoles que son blancos y vacíos por dentro, sus habitantes han muerto o se han mudado de sitio. Todo parece bastante muerte menos las trazas de cosas que han sido vivas como los caracoles y las cacas de cabra que se esparcen como aceitunas negras por todo el suelo. El grupo de chicos ha entrado en una de las cuevas y se pelean, se empujan y se tocan los genitales por encima de la ropa. Si el agua aparece en el puerto y en el papel, aquí el agua es quien ha formado la cueva en años de sedimento, de depósito de carbonato de calcio ahora convertido en piedra de travertino. Antiguas cascadas que ahora son perfectos escondrijos. Los bandoleros están dentro, refugiándose de la salpicadura. El papel con la filigrana está encima de una piedra, junto a la pasarela, en cuatro pasos llevo sin pisar ni caracoles, ni cacas de cabra, y lo cojo. Lo cambio por el que no tiene filigrana y colgaba en el molino.

La filigrana del grupo de bandoleros se ve a través de la luz que da fuerte contra la roca y la caliente, y me refugio rápido en otra cueva. Me siento para ver la carretera que va hacia los puertos, por donde pasan los camiones y furgonetas. Los sonidos de la carretera suben y se amplifican en la cueva, y ya no oigo ni los sonidos del pueblo, ni los del grupo de chicos. En la cueva hay marcas que no son de agua, están hechas a base de tachar, de fregar con cuchillo, con clavos, huesos, conchas o palos. Hay un Lea <3 David que es una marca de amor. Hay unos nombres con fechas de 1920 que son marcas archivadoras, marcas de propiedad del descubrimiento. Hay marcas que dicen que son íberas, y son las más divertidas porque no parecen querer decir nada, son dos figuras humanas dibujadas en palos. También hay texto, un texto larguísimo que aunque está en nuestro alfabeto y con letras mayúsculas, no consigo formar una palabra. Las letras y las marcas íberas no quieren decir nada y por eso la gente crea tantas narrativas alrededor, las demás quieren recuerdo.

No sé muy bien dónde poner el culo para no estar sobre ninguna marca, no quiero desgastar el esfuerzo que alguien ha hecho en clavar cosas para sacar material y grabar la roca. Mi culo también quita material al frotar contra la piedra. Un río pasa por debajo del barranco. Al lado de la carretera, dos líneas: una de asfalto y otra de agua. Sobre el asfalto la gente y las cosas van y vuelven, el agua sólo se desplaza. El agua es muda, el río tiene poco caudal. Del asfalto sale un ruido eléctrico que significa que tiene partes agudas, y después está el ruido grave de los motores de los coches y de todos los ruidos que se transportan en el barranco y suben a la cueva. Dentro se hace un zumbido con notas muy agudas y una base muy grave. El papel se queda sobre la roca y los rayos que le llegan dejan inscrita la marca de agua, la repaso con el dedo.

Las marcas de agua aparecen en el proceso, al formar el papel. En una tina hay pasta de papel y agua. En una forma, que es un bastidor con un cedazo donde se cuele el agua, está cosida la filigrana que será marca, que es un dibujo hecho con hilo de cobre. Al entrar la forma en la tina, la pasta de papel se deposita sobre la forma, y donde está la filigrana, la cantidad de pasta es menor. Es por esto que la parte más translúcida del papel es donde está la filigrana, y ésta aparece a contraluz. Pero no se llama marca de luz, es la marca de agua. Como un pequeño traumatismo que aparece en la formación del papel, y

que traerá un dibujo, un significante en el que estará en relación. No hay arquitectura, no hay grandes edificios, ni plantas, ni muros de castillos que se elevan. No hay lenguaje, letra escrita, ni verbo que te atrapa. Sólo un dibujo, una señal, como en la cueva. Me es imposible hacer el ejercicio de resignificar éste dibujo donde aparecen unos bandoleros. Simplemente lo dejo como marca, lo dejo como el significante que me ha seguido de un agua a otra. Saco el portátil que me acompaña desde la montaña, desde el puerto, y que apenas tiene batería. Lo único que me queda por hacer es escribir en detalle el dibujo del papel y por qué diablos ha hecho éste efecto en mí.